

El 68 uruguayo en perspectiva histórica: tradición y coyuntura en la agitación estudiantil

Carlos Demasi

CEIU-Facultad de Humanidades¹

Resumen

La agitación estudiantil uruguaya del año 68 es recordada como un momento crucial en la historia de la FEUU (Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay). Si bien toda la década estuvo marcada por la dialéctica de enfrentamientos cada vez más violentos entre estudiantes y policías, en su momento estos episodios fueron vividos como una ruptura y el comienzo de una nueva etapa en las relaciones entre los estudiantes y el poder político. Este artículo se propone subrayar el carácter esencialmente estudiantil de las movilizaciones (diferenciándolas de otros movimientos juveniles de la época) y en ese marco intenta explicar la peculiaridad de los sucesos de ese año señalando los aspectos que lo diferenciaron de las movilizaciones anteriores.

Palabras clave: FEUU, movimiento estudiantil, año 1968, cultura juvenil

Abstract

The Uruguayan student upheaval of 1968 is remembered as a turning point in the history of the university students' union FEUU. While the whole decade was signed by the dialectic of increasingly violent confrontations between students and the police force, such episodes were experienced as a break off and the beginning of a new phase in the relations between students and political power. This article aims to highlight the essentially intellectual character of the mobilizations (distinguishing them from other coexisting youth movements) and in that context, it attempts to explain the peculiarity of 1968 events by underlying the unique aspects not present in previous mobilizations.

Keywords: FEUU, Student Movement, Year 1968, Youth culture

1 Carlos Demasi. Profesor de Historia (IPA), Licenciado en Historia (FHC). Director del CEIU (FHCE). Investigador del pasado reciente de Uruguay y la región. Entre otras publicaciones, es autor de *La lucha por el pasado* y coautor de *La dictadura cívico-militar en Uruguay 1973-1985*. Correo electrónico: cdemasi@vera.com.uy

El 68 marca un momento particular en la por entonces ya muy larga historia del movimiento estudiantil uruguayo: como ya era frecuente, entre mayo y setiembre de ese año hubo manifestaciones estudiantiles en Montevideo que desembocaron en enfrentamientos con la policía. Lo peculiar en este caso fue que la dinámica de las movilizaciones superó lo que podían ser las reivindicaciones iniciales y se generó una escalada de violencia que terminó con un saldo de tres estudiantes muertos y decenas de heridos, algunos de gravedad. Estos estudiantes fueron los primeros en la historia uruguaya que cayeron en enfrentamientos callejeros contra las fuerzas represivas; la radicalización provocada por la dialéctica manifestación-represión hizo que muchos integrantes del movimiento estudiantil derivaran hacia la “acción directa”, entendida como tal la lucha armada que promovía el movimiento Tupamaros, una organización de guerrilla que, a diferencia de lo indicado por el Che Guevara, no se desplegaba en el medio rural sino que actuaba principalmente en la capital y la zona metropolitana.

La peculiaridad del 68 uruguayo en la historia del movimiento estudiantil se explica por la doble acción de sus propias dinámicas internas, las transformaciones de su pasado inmediato y la influencia del exterior. En esta presentación me propongo repasar algunos de estos aspectos.

La movilización del 68: ¿de estudiantes o de jóvenes?

Si bien los años sesenta se identifican por el surgimiento de una cultura juvenil que desde entonces comenzó a ser hegemónica, la agitación del 68 no coincide exactamente con esta: se trata de un movimiento básicamente estudiantil, y aunque en sus orígenes comienza con los estudiantes de enseñanza media, en su desarrollo posterior tomaron mayor protagonismo los estudiantes universitarios. Si bien era seductora y estaba destinada a imponerse, para muchos militantes de los años 60 la ascendente cultura juvenil aparecía como un aspecto a desconfiar. Incluía la música de *rock* –un invento yanqui–, y aceptaba prácticas como el consumo de drogas que para muchos chocaban frontalmente con la idea de que había que mantenerse físicamente sano y alerta para “luchar por las cosas verdaderamente importantes”. Es así que los pantalones vaqueros, las camisas floreadas, el pelo largo y la música de los Beatles formaban un paquete que era fuertemente cuestionado por los cultores de la canción de protesta y de la camisa blanca con corbata. Pero aparentemente este desencuentro incide poco en las

movilizaciones: la Federación de Estudiantes era la organización juvenil más importante, en la que los jóvenes encontraban espacio para discutir sobre los temas que les interesaban y la posibilidad de desarrollar sus inquietudes y su actividad. Sobre los temas que preocupaban a la FEUU esta cultura juvenil tenía pocas respuestas; y si bien no todos compartían las diferentes dimensiones de estas nuevas prácticas que funcionaban como una contracultura, estas diferencias quedaban de lado a la hora de la movilización. Como si se tratara de circunferencias secantes que comparten un área común, algunos de los jóvenes militantes también podían ser seguidores de la música *beat* y practicantes de *happenings*, en esas actividades compartirían con otros jóvenes que no integraban la FEUU ni manifestaban en las calles. Y la dimensión contradictoria que podía revelarse en algunas prácticas no se manifestaba para aquellos que se encontraban en la zona de intersección.

Esto nos muestra que sería equivocada la asimilación del movimiento estudiantil con la cultura juvenil de la época: hay jóvenes que no son estudiantes, y hay estudiantes que ya no son jóvenes. El movimiento estudiantil se siente interpelado por la cultura juvenil, pero aparentemente no la identifica como un eje importante en el desarrollo de las movilizaciones. Por otra parte, si bien los dibujantes mostraban el choque entre policías y estudiantes como un enfrentamiento entre jóvenes de polera, campera y barba contra represores uniformados (deshumanizados), las imágenes tomadas en las calles de Montevideo todavía muestran, arrojando piedras a la policía, a jóvenes vestidos con la clásica vestimenta formal.

No parece descabellado entonces hablar de la agitación de los “jóvenes del 68” centrándose principalmente en la FEUU y en los estudiantes de Secundaria, ya que se trata de una movida esencialmente de estudiantes. Lo llamativo es que siendo la FEUU una institución de larga tradición pública (lo que supone que sus modalidades de gestión de los conflictos con las fuerzas de represión ya se encontraban largamente institucionalizadas), haya sido en el marco de estos enfrentamientos cuando por primera vez se produce el asesinato de estudiantes. En el conjunto del movimiento estudiantil latinoamericano el caso de la FEUU representaba una curiosa excepción, ya que, aunque no se trataba de un gremio complaciente o apático y tenía frecuentes enfrentamientos con la policía, estos no habían arrojado víctimas. La pregunta, entonces, es: ¿Qué había cambiado en 1968 para que desapareciera esta originalidad?

La FEUU en los años 60

En los años 60 el movimiento universitario parecía enfrentarse a las consecuencias de su propio éxito. Luego de una década de intensa movilización había conseguido concretar dos demandas planteadas desde larga data: el reconocimiento constitucional de la plena autonomía de la Universidad, y la aprobación de una ley orgánica que regulara el cogobierno universitario. A fines de 1958 la universidad “autónoma y cogobernada” ya era una realidad. Pero eso planteaba nuevos desafíos al movimiento estudiantil: desde ahora los estudiantes formaban parte del gobierno universitario, tenían voz y voto tanto en los órganos ejecutivos de las facultades como en el Consejo Directivo Central. Esto implicaba el peligro de que las luchas internas y la política universitaria terminaran por absorber toda su actividad; pero la realidad mostró que eso no ocurriría: la FEUU siempre había estado muy alerta frente a los acontecimientos políticos, tanto locales como internacionales, y la nueva situación no modificó esa tradición. Pero si bien las movilizaciones de los estudiantes universitarios no desaparecieron de las calles, su objetivo cambió. Pocas veces aparecían agitando reclamos propiamente universitarios: de hecho, su programa de reivindicaciones estaba completo y la Universidad aparecía en sus reclamos cuando se trataba de demandas presupuestales. En cambio, con la nueva situación se fortaleció la alianza táctica que el movimiento estudiantil había forjado en 1958 con los sindicatos, y se transformó casi en un vínculo orgánico: en 1959 la FEUU ofreció el Paraninfo universitario para que sirviera de espacio de encuentro para discutir la creación de una central única, y en la discusión participaron delegados de la FEUU. Desde entonces fue frecuente que el gremio de los estudiantes universitarios se viera atravesado por todo tipo de demandas sociales. Pero a la vez, esta situación le planteó otro desafío a la FEUU: hasta ese momento podían plantarse desafiantes de cara a las autoridades universitarias con reclamos que podían ser radicales y hasta desmesurados; pero ahora los estudiantes formaban parte de esas mismas autoridades, a las que además contribuían a elegir. Si pretendían marcar su presencia en el espacio de la ciudad acompañando a los sindicatos, ¿qué tan radicales podrían ser sus discursos, medidos ahora con los parámetros de las luchas más “amortiguadas” de los sindicatos, y no con el antiguo marco discursivo radical de la Federación? Como dice Van Aken: “El logro del cogobierno significó para la Federación de Estudiantes la pérdida de la inocencia” (1990, pág. 286).

Si la estrecha vinculación con los sindicatos parecía novedosa, en cambio las “declaraciones” y movilizaciones denunciando la existencia de problemas sociales y políticos tenían mucha tradición. Históricamente los estudiantes habían tenido un rol activo en conflictos que atravesaban a toda la sociedad, como ocurrió con el golpe de Estado de 1933, y mostraron el mismo compromiso acompañando movilizaciones de apoyo a la República española o contra el fascismo. Pero luego de terminada la Segunda Guerra la situación comenzó a variar rápidamente. El nuevo mundo bipolar configuró de manera diferente los conflictos sociales, y algunos de los que en los años pasados se habían encontrado aliados ahora estaban en campos opuestos. La Guerra Fría reconfiguró de manera particular los enfrentamientos sociales y eso afectó también al movimiento estudiantil. La FEUU, fiel a su tradición antiimperialista –y al igual que otros sectores de la intelectualidad uruguaya–, se proclamó “tercerista” frente al conflicto entre bloques y repartió sus críticas por igual a las intervenciones militares estadounidenses en Centroamérica y a las soviéticas en Polonia o en Hungría. Pero el proceso de la Guerra Fría llevaba a que la predominancia tercerista de la FEUU apareciera cuestionada por la acción cada vez más dinámica de sectores juveniles de los partidos de izquierda en el seno del movimiento estudiantil, particularmente de los jóvenes comunistas. Pero nadie parecía suponer que esto representara una amenaza para la sociedad.

Esta situación se vio afectada por el triunfo de la Revolución cubana. El ciclo revolucionario cubano fue visto con mucho interés desde sus comienzos, aunque al principio se lo mirara con cierta desconfianza por algunos sectores que reconocían en el formato de sus relaciones con EE. UU. un patrón ya clásico que pasaba de la rebeldía antes de llegar al poder al sometimiento posterior. La instalación del castrismo fue el centro de debates que involucraba varias dimensiones problemáticas, entre las que figuraba también cierta mala conciencia por la idea de que Uruguay vivía “de espaldas a Latinoamérica”. Esta sensación de culpa por la “indiferencia” anterior parece haber tenido incidencia en el apoyo de muchos estudiantes a las medidas revolucionarias de Castro; pero simultáneamente la imagen de la Revolución cubana se insertó en el debate interno del movimiento estudiantil. El antiimperialismo ya arraigado en el movimiento coincidía, además, con una mística de David contra Goliat que facilitaba el apoyo contra la hostilidad que le mostraba el gobierno estadounidense. En ese contexto hubo quienes reconocieron en las medidas tomadas por el gobierno cubano una profundización del giro a la izquierda del castrismo

que recorría así los “pasos necesarios” en la construcción de una sociedad comunista con formato leninista, mientras que otros preferían verlo como la experiencia innovadora de un camino hacia el socialismo que era “auténticamente latinoamericano”, es decir, tercerista, al margen tanto de la Guerra Fría como del conflicto sino-soviético. Pero si al principio el apoyo a la Revolución cubana coincidía casi puntualmente con las definiciones internacionales terceristas de muchos integrantes del movimiento estudiantil, la progresiva aproximación del gobierno cubano al bloque soviético fue arrastrando a buena parte de la militancia estudiantil hacia posiciones que resultaban cada vez más alineadas con el bloque soviético; aunque todavía las tendencias terceristas mantenían apoyo, la configuración del campo internacional dejaba cada vez menos espacio a una “tercera posición”.

Estas posiciones terceristas también se veían cuestionadas desde otra perspectiva. Si bien Uruguay había sido un país que había logrado gestionar una versión bastante atenuada de la polarización desde los comienzos de la política de bloques (la legalidad del Partido Comunista se mantuvo sin interrupciones, y la acción pública de sus dirigentes no se vio limitada como tampoco la circulación de sus publicaciones), en cambio, se vio afectado con mayor fuerza por el rehielo que se produjo como consecuencia del triunfo de la Revolución cubana. Por lo menos desde fines de los años 40 actuaba un servicio de inteligencia policial que se encargaba de vigilar organizaciones sociales: sindicatos, agrupaciones estudiantiles y partidos de izquierda. Esa actividad se reforzó a fines de los años 50, estimulada por la agitación estudiantil en reclamo de la aprobación de la Ley Orgánica, y más tarde por el impacto de la visita de figuras de relevancia internacional como Fidel Castro en 1959, y D. Eisenhower a comienzos de los años 60. Como ya se ha señalado (ver: Aparicio, 2013), desde entonces muchos de los agentes gubernamentales y también la policía comenzaron a ver la conflictividad social como el anuncio de una revolución comunista y consideraron que, como respuesta para ese desafío, era válida la aplicación de la represión con una intensidad acorde con la gravedad del peligro. La FEUU también fue objeto del interés de la CIA, como lo muestran publicaciones posteriores (Ph. Agee, M. Broquetas, Aparicio *et al.*). No le falta razón a Van Aken cuando se pregunta cuál podía ser el interés que despertaba una organización relativamente pequeña como la FEUU en el marco de un conflicto global (1990, p. 293). La respuesta que encuentra tiene que ver con la geopolítica:

Las autoridades de los Estados Unidos no estaban dispuestas a permitir que el Uruguay se convirtiera en una base para la expansión del marxismo en América del Sur, mientras que los dirigentes rusos y cubanos, por su parte, esperaban poder utilizar a los estudiantes para sus propios fines. De esta forma el movimiento estudiantil uruguayo se vio involucrado en la Guerra Fría (pág. 294).

En cualquier caso, la actividad de la CIA (y también de los servicios de inteligencia de otros países, como supone Van Aken²) en el movimiento estudiantil tenía una consistencia mayor que una simple expresión paranoica, y era un tema que permanentemente generaba desconfianza entre los activistas estudiantiles.

Pero la CIA actuaba sobre un terreno ya abonado en la sociedad uruguaya. Existía un fuerte sentimiento anticomunista en una parte importante de la población, que consideraba a la FEUU como una organización “útil” a los fines del comunismo. Aparentemente, la intensa agitación en reclamo de la Ley Orgánica (que fue duramente reprimida por la policía) y el éxito que representó para los estudiantes su aprobación, contribuyó a la inquina de las fuerzas policiales y al fortalecimiento del rechazo por parte de la población, que consideraba que al final –y a pesar de los discursos de muchos dirigentes políticos– en ese conflicto los estudiantes se habían salido con la suya. Es así que muchos ciudadanos comunes no perdían oportunidad de apoyar a las fuerzas represivas en caso de enfrentamientos (Aparicio *et al.*, págs. 237-238), señalando a los activistas o indicando los lugares donde se hubieran refugiado. La llegada de Eisenhower a Montevideo a comienzos de marzo de 1960 fue de las primeras expresiones visibles de ese cambio de actitud en una ocasión donde resultó evidente el exceso represivo: el mismo visitante se vio afectado por los gases lacrimógenos y debió cubrirse con un pañuelo al atravesar la nube de gas frente al edificio central de la Universidad (pág. 224). Sin embargo, ese despliegue represivo fue apoyado por muchos vecinos de la zona o transeúntes que no dudaban en denunciar a los “agitadores” o que abrían las puertas de sus viviendas para facilitar la acción policial. El Esc. Saúl Cestau, por entonces consejero por el orden docente, que fue testigo de la represión desde la vereda, comentaba en el Consejo Directivo

2 El propio Mark Van Aken no fue del todo ingenuo a esta injerencia en las actividades de FEUU; los documentos del NARA lo muestran como informante del embajador norteamericano: “El Dr. Van Aken llamó para brindar al Embajador la información concerniente a la Universidad y a los estudiantes universitarios, recogida durante su reciente estadía de un mes”. (Ver: http://www.geipar.udelar.edu.uy/index.php/category/dep_estado/, RG 59 BOX 3)

Central el generalizado reproche de la población contra los universitarios, y concluía: “pocas veces la Universidad contó con tan poco apoyo en la calle” (pág. 238). Esta novedosa vehemencia represiva fue criticada por algunos órganos de prensa que la consideraron excesiva, pero también fue apoyada incondicionalmente por otro sector de la prensa que la consideró un ejercicio represivo razonable.

Este cambio de los ejes tradicionales de la movilización estudiantil tuvo en la FEUU efectos perceptibles en el mediano plazo: en primer lugar, facilitaron la acción de los sectores juveniles de los partidos políticos de izquierda: Partido Comunista, Partido Socialista y también la Juventud Demócrata Cristiana –muy influida por el giro del Concilio Vaticano II y la acción de las comunidades de base– que se sumaron a los sectores anarquistas de viejo arraigo. Por otro lado, también favoreció el desarrollo de un discurso orientado más hacia principios que a reivindicación de demandas concretas. Si bien aquellos nunca faltaron, ahora pasaron a primer plano ya que permitieron estructurar las demandas más generales (del caso: “la defensa de la legalidad y del orden constituido” [“Discurso del Rector Maggiolo en ocasión de la muerte de Líber Arce, agosto de 1968”, Markarian *et al.*, 2008, pág. 131] o la “defensa de los principios y derechos inalienables de la persona y la colectividad” [“Editorial de *Jornada* sobre la autonomía universitaria, agosto de 1968”, pág. 140]). Esto lo aproximaba a otros agentes como el movimiento sindical, y también a algunos sectores partidarios: a la vez que se alejaba del tercerismo, se acercaba más a las posiciones de la izquierda clásica, lo que facilitaba la identificación con el “comunismo” que ya venía operándose desde el comienzo de la Guerra Fría. Los estudiantes comenzaron a salir a la calle para protestar contra la política económica del gobierno, o para denunciar acontecimientos del ámbito internacional como la guerra de Vietnam, más que a demandar mejoras en el funcionamiento universitario que quedaron limitadas generalmente al reclamo por presupuesto universitario. En la memoria corta del movimiento estudiantil, este se transformó en el lugar de encuentro de la tradición con el nuevo discurso reivindicativo.

Como vimos, si bien el movimiento estudiantil tiene una larga tradición, tiende a construir su memoria en clave generacional. El ritmo, muy rápido, de renovación del estudiantado hace que desaparezcan muy pronto los testigos de episodios que marcan el pasado más reciente, por lo que la renovación de objetivos y de propuestas resulta un aspecto muy importante en la dinámica del movimiento. Contribuye a ese resultado la migración de algunos dirigentes estudiantiles que pasan a ocupar lugares

en los partidos políticos, lo que modifica su discurso y en muchos casos desdibuja su pasado militante y su compromiso con los reclamos que promovían. Esta captación de dirigentes estudiantiles por la política partidaria funcionó desde los comienzos del movimiento estudiantil; no solo recorrieron este camino los convocantes del Congreso Estudiantil Americano de 1908 (Baltasar Brum, Héctor Miranda...) sino que también involucró a muchas generaciones de estudiantes, desde Carlos Quijano a Zelmar Michelini. Este proceso de renovación (que a la vez era un proceso de construcción del olvido) permanecía activo en los años 60: la épica de la Ley Orgánica se estaba desdibujando en la memoria del movimiento y no aparecía el reclamo movilizador que lo sustituyera. Para la generación del 58 la Ley Orgánica era la culminación de una lucha de varias generaciones de estudiantes, y por ello tenían motivos para sentirse legítimamente orgullosos; pero se lo vio más como un punto de llegada que como un paso en un proceso de transformación, y en la década siguiente no se abrieron espacios para miradas críticas. Esa intangibilidad concedida a la Ley Orgánica la incorporó insensiblemente a ese largo e indefinido pasado al que se aludía en los discursos como “la lucha de los estudiantes”. Para quienes ingresaron a la Universidad en la segunda mitad de los años sesenta parecía difícil construir una identidad o recomponer una corriente de simpatía con algunos que ahora eran integrantes de otro orden dentro de la Universidad. Además, el logro de la autonomía y del cogobierno en la Universidad parecía una realidad ya naturalizada, puesto que muy pocos de los estudiantes activos habían vivido las experiencias del año 58. Las nuevas generaciones buscaban lo que sería su propia causa movilizadora.

La encrucijada del 68

Los antecedentes ya enumerados parecen aportar algunas razones de la excepcionalidad de los sucesos de 1968: si bien los estudiantes no habían estado pasivos en los años anteriores, parecía existir cierto vacío en la motivación. Y en ese año se combinaron algunos acontecimientos internacionales con otros internos muy relevantes, que interpelaron en forma directa a aquellas tendencias que venían desarrollándose desde tiempo atrás. En el momento en que comienza la serie de “sucesos del 68”, el movimiento estudiantil ya se encontraba más sensibilizado por los problemas de la sociedad que por aquello que podían ser reivindicaciones propiamente estudiantiles, y había tendido lazos muy estrechos con el movimiento sindical. Además, ya era muy numeroso (la matrícula

universitaria se incrementaba de año en año: la población estudiantil aumentó 22% entre 1961 y 1965 [Markarian *et al.*, 2008, pág. 15]) y también más heterogéneo en su composición social donde los hijos de las familias de clase alta ya no eran el elemento característico; predominaban los jóvenes provenientes de una clase media desconforme que se veía a sí misma en decadencia, y que se sentían en discrepancia con esa perspectiva. Sobre esta base se acumularían otros acontecimientos que transformarían la mezcla en explosiva.

La coyuntura internacional

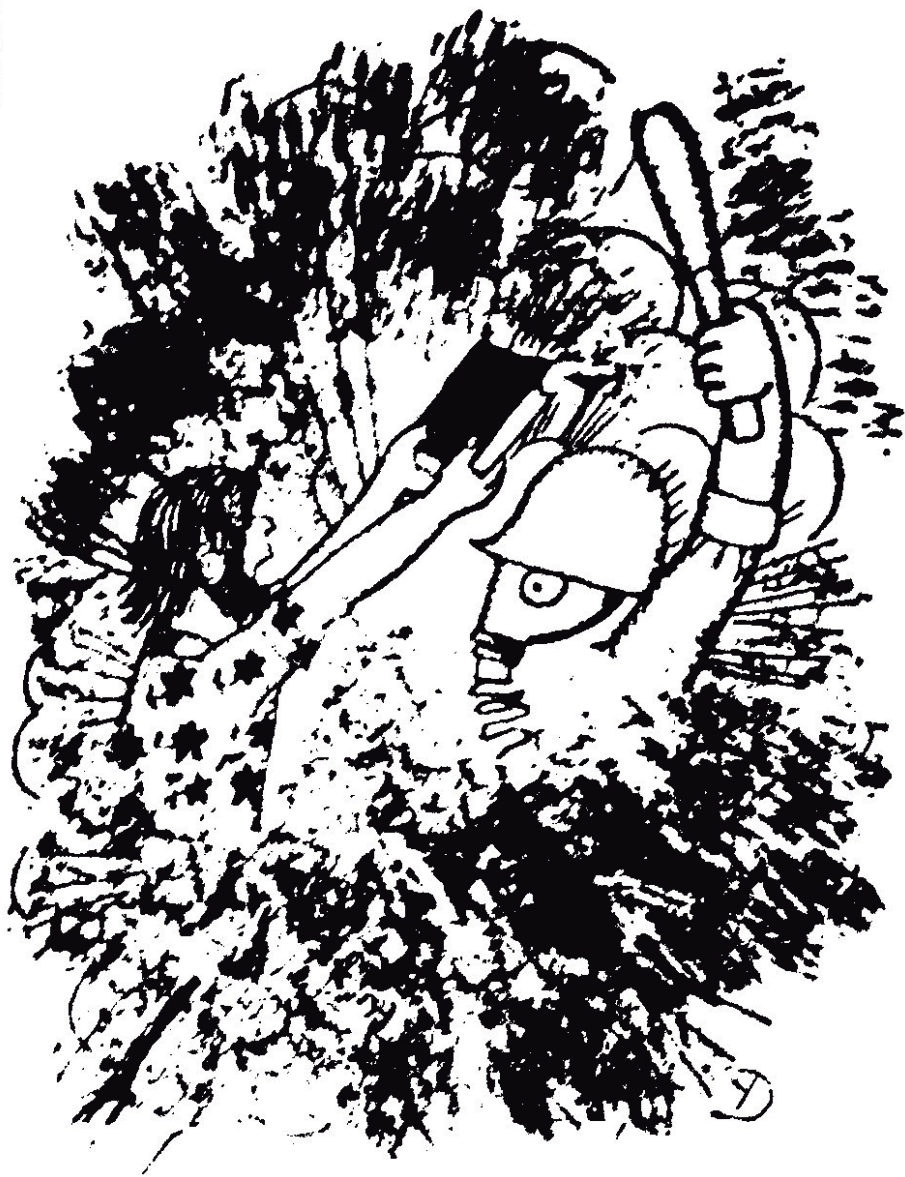
Si históricamente el movimiento estudiantil siempre había sido sensible a los acontecimientos internacionales, los episodios del campo internacional en los años 60 resultaron muy removedores. Podemos señalar tres acontecimientos que parecen incidir de manera relevante: la muerte del Che, la guerra de Vietnam y tal vez el más importante en la dimensión simbólica pero menos recordada al momento de mencionar influencias: la Revolución cultural china.

La imagen de la Revolución cubana, que parecía un tanto conflictiva en los años 60 para los diferentes sectores de la izquierda latinoamericana por la progresiva aproximación de Castro a la URSS, parece haberlos reconciliado en los homenajes al Che Guevara, asesinado en octubre del año anterior. La dimensión ética del personaje impulsó el activismo (y también la opción por la lucha armada) y atrapó tanto a los partidarios como a los críticos; dejó por el camino los cuestionamientos a la línea oficial de la Revolución y también al proclamado conflicto entre Fidel y el Che: a partir de la muerte las dos figuras quedaban unidas en el compromiso con la Revolución y con el sentimiento de un legado ético que anunciaba que “su sacrificio no sería en vano”.

En cualquier caso, el ejemplo de Vietnam coincidía cabalmente con los ejes de las movilizaciones de los estudiantes uruguayos. A medida que avanzaba la década, esta guerra comenzó a aparecer como un ejemplo de resistencia anti Estados Unidos y un modelo de la lucha entre David y Goliat aún más belicoso que el caso cubano. Un pequeño país aparecía enfrentando de igual a igual a la principal potencia mundial, y eso conmovía incluso a la misma sociedad estadounidense que comenzaba a cuestionar esa política desde la voz de personalidades relevantes y desde las universidades. La protesta contra la guerra de Vietnam era una de las más



Marcha, 10 de mayo de 1968. Yenia (Yenia Dumnova)



Marcha, 17 de mayo de 1968. Yenia. (Yenia Dumnova)

repetidas en las movilizaciones de estudiantes que siempre la invocaban como argumento contra el gobierno o contra el sistema, y esta presencia se vio reforzada cuando por razones circunstanciales la guerra de Vietnam quedó vinculada a la muerte del Che. La relación entre una guerra tan distante y las demandas del movimiento estudiantil latinoamericano la había señalado el Che Guevara cuando reclamó “muchos Vietnam” en la retaguardia del imperio.

Esto se incluía en un marco de una etapa de movilizaciones juveniles masivas que venía desarrollándose de tiempo atrás: tal era el caso de la Revolución cultural china, que se desarrollaba desde 1965. La confusa marcha de estas movilizaciones era seguida con atención por la prensa internacional que insistía en señalar la juventud de los “guardias rojos” y su desenfado para interpelar a los más altos dirigentes de su gobierno. En Occidente el fenómeno parece haber tenido enorme influencia principalmente a nivel simbólico: aunque rara vez aparezca mencionado en las crónicas de las movilizaciones universitarias, sin duda algunos de los gestos más visibles como las multitudes de “guardias rojos” adolescentes interpelando a las autoridades y cuestionando el *statu quo* en el espacio público, vestidos con ropas informales en un escenario dominado por una cartelera vertical con frases sentenciosas de contenido trascendente, prefiguraron sin saberlo el comienzo de la revuelta estudiantil de la segunda mitad de los años sesenta. En una fecha tan temprana como mayo de 1968, cuando el movimiento francés recién estaba comenzando, ya se lo empezaba a designar como “revolución cultural” al repasar el amplio abanico de cuestionamientos culturales que se planteaban en las asambleas estudiantiles parisinas (*Marcha*, “Arde París”, 24 de mayo de 1968, pág. 14). No parece que el modelo maoísta haya tenido efecto ideológico; aparentemente no le dio al comunismo chino una audiencia mucho mayor de la que ya disponía, aunque seguramente proveyó de algunas frases que eran útiles en el debate para hostigar a los jóvenes del Partido Comunista.

Estos acontecimientos pueden señalarse como antecedentes; otros hechos de la época, como los efectos directos del Mayo francés o el final de la Primavera de Praga, quedaron atrapados en la dinámica, que ya se había vuelto más específicamente montevideana, del movimiento estudiantil uruguayo.

Las particularidades de una nueva generación militante

Es interesante señalar que, en el Montevideo de 1968, la movilización parece haberse desarrollado en dos tramos diferentes: quienes inician la acción callejera son los adolescentes que cursaban Secundaria movilizadas contra el aumento del boleto estudiantil, a los que solo después se suman los estudiantes universitarios. El punto de quiebre se da a fines de mayo-principios de junio, cuando los estudiantes de Secundaria rechazan el acuerdo de la dirigencia del gremio, de mayoría comunista, con el gobierno por el que este se comprometía a mantener sin cambios el precio del boleto estudiantil. En este punto se produce la fractura con los grupos de estudiantes radicalizados que operaban a través de una forma de democracia directa, las “asambleas de clase”: estos deciden no acatar la decisión de levantar el conflicto, rechazan el acuerdo y cambian su reclamo de “boleto estudiantil” por el de “boleto popular”, a la vez que deciden mantener su movilización exigiendo que tampoco el boleto común aumentara el precio. Se mantuvieron entonces las ocupaciones de institutos de enseñanza media, y a comienzos de junio el Consejo Federal de FEUU, donde los comunistas habían perdido la mayoría, decide apoyar el reclamo de los estudiantes de Secundaria. Es esta decisión la que involucra a los estudiantes universitarios en el conflicto; se lanzan a la calle en manifestaciones que, según algunos testimonios de la prensa, y acentuando la tendencia de la década, fueron particularmente violentas.

Parece claro que en este proceso de involucramiento confluyen dos cadenas independientes de acontecimientos: las noticias de las movilizaciones de estudiantes en varios lugares del mundo (las de París habían sido precedidas por algunas universidades estadounidenses y en el mes de abril se habían movilizado universitarios yugoeslavos y españoles) que pueden haber funcionado como un estímulo para el activismo de un movimiento estudiantil que venía transitando un proceso de radicalización desde comienzos de la década. Al igual que ocurrió en Francia, el movimiento se orientó no solamente hacia demandas específicas (en el caso montevideano, el precio del boleto) sino que la utilizó también como medio para canalizar sus cuestionamientos al “sistema” así como a la “burocracia gremial”, que en este caso aludía al Partido Comunista. Pero si bien el movimiento se encuadraba en la continuidad de las tendencias marcadas en los años anteriores, muy pronto comenzará a apartarse de los gestos habituales de protesta en las calles (manifestación seguida de pedreas y dispersión cuando llegaba la policía) para ensayar algunas formas como

las “manifestaciones relámpago” y el enfrentamiento a la represión. Este cambio de estrategia era un reflejo del choque de tendencias que también se producía en los niveles de decisión donde unos eran acusados de “burócratas” y los otros de “espontaneístas”.

En cierta medida este hecho evidencia la distancia que se estaba construyendo entre esta movilización de 1968 con respecto de las anteriores, particularmente la de 1958. Si bien la calidad de la Ley Orgánica no se puso en duda y aquellos que desde la FEUU fueron sus impulsores siguieron gozando de un fuerte prestigio universitario, el cambio en el estilo de las movilizaciones estudiantiles impuso una estrategia que resultaba difícil de compartir para muchos de los militantes de aquella época. La fractura generacional aparece entonces como una característica de este movimiento. El conjunto de tendencias e influencias que se ponen en marcha con las movilizaciones generan conflictos y divergencias en la interna del movimiento estudiantil. Progresivamente se van ligando las protestas callejeras con las denuncias a la “burocracia institucionalizada” en los propios gremios estudiantiles y de las estructuras de participación existentes que identifican con la línea de los partidos políticos mayoritarios dentro de la izquierda como el Comunista o el Socialista. Por el contrario, promueven una acción más dinámica (y más inorgánica) que, consideran, favorece la participación de más estudiantes. Entre los más jóvenes apunta el rechazo al ejemplo y la autoridad de quienes eran los referentes históricos, y prefieren recurrir a estrategias novedosas, abandonando las formas clásicas de organización y movilización.

La dinámica de un conflicto

Pero, y pese a toda la dinámica movilizadora, el conflicto parecía destinado a quedar encapsulado en un reclamo de poco impacto, cuando se vio proyectado a otra dimensión como resultado de la decisión del gobierno de aplicar la política de congelación de salarios reclamada por el Fondo Monetario Internacional (FMI). La tendencia inflacionaria en Uruguay superaba el 100%, y la congelación de precios y salarios formaba parte del conjunto de medidas que el Fondo proponía para combatir la inflación; su aplicación contrariaba frontalmente los reclamos del movimiento sindical y era desde allí que el gobierno esperaba una reacción, por lo que a comienzos de junio comenzó a tender una línea de prevención de las movilizaciones

que comenzó con la implantación de “medidas de seguridad” (una forma de estado de excepción) seguida luego de una decisión muy fuerte como fue la militarización de tres gremios que estaban en huelga (bancarios oficiales, trabajadores de UTE, conductores de la empresa de transporte municipal AMDET). Esa decisión involucraba la conversión de los huelguistas en soldados, y en la dinámica de los enfrentamientos implicó la internación de los trabajadores en los cuarteles, desde los que eran trasladados a cumplir sus tareas en sus lugares de trabajo.

Muy pronto el movimiento estudiantil pasó a tener el mayor protagonismo en la agitación social desplazando al movimiento sindical, que presumiblemente debía asumir la iniciativa por ser principal afectado por el carácter de las medidas. La movilización de los estudiantes comenzó en los márgenes de las protestas contra la militarización –protestas que estaban promovidas por los sindicatos y que seguramente afectaba a muchas familias de estudiantes–, pero fue en permanente crecimiento mientras la central sindical adoptaba una actitud de prudencia, ya sea por definiciones estratégicas o por la fuerte represión descargada por el Gobierno que había apresado a los principales dirigentes. Esta estrategia negociadora de los sindicatos (a la que los sectores radicales de la central identificaban con la línea del Partido Comunista) apuntaba a ampliar los apoyos políticos en el Parlamento; en cambio los estudiantes se lanzaron vigorosamente a la calle en protesta contra medidas que –en sentido directo– no eran contra la Universidad y que incluso contaban con el aval (o la complicidad) de los docentes universitarios, algunos muy prestigiosos, que integraban el Gobierno como ministros o secretarios.

¿Cuánto representaba este impulso movilizador, en términos numéricos? En este punto es del caso tener presente que, si bien las movilizaciones estudiantiles de 1968 son más numerosas que en los años anteriores y que, como vimos, la matrícula universitaria se incrementó permanentemente en la década de los 60, igualmente la parte más radicalizada de los estudiantes universitarios era un grupo relativamente minoritario de jóvenes, provenientes en su mayoría de la clase media. Su incidencia en la sociedad es bastante marginal en la medida en que no tienen propuestas que les sean propias y aquellas que ellos promueven, si bien tienen eco en los sectores movilizados, son vistas cada vez con menos simpatía por el resto de la sociedad. Posiblemente esto permita explicar dos aspectos de este primer momento de la aplicación de la política duramente represiva. En primer lugar, que el movimiento estudiantil pareció estar fuera de la vista del Ejecutivo: ninguna de las medidas represivas apuntaba

específicamente a contener a los estudiantes. El decreto de medidas de seguridad incluye una larga fundamentación que invoca los conflictos sindicales y hasta los enumera en una lista que incluye por lo menos dos gremios desconocidos, pero no menciona a las movilizaciones estudiantiles como tampoco las acciones de la guerrilla (que después serían utilizados como argumento para mantener el estado de excepción). Sin embargo, en las semanas siguientes sería el movimiento estudiantil el que asumiría protagonismo en las calles a lo que el gobierno, sorprendido, no pudo articular una respuesta adecuada. Esto parece indicar que la estrategia del movimiento estudiantil había sufrido una fuerte transformación en un período muy breve, y esto generó un desajuste entre el efecto que la policía esperaba de sus gestos represivos y lo que efectivamente ocurría en la calle. Frente a esta frustración de la reacción policial, la respuesta parece haber sido el incremento de represión, y aquí podría radicar una parte de la explicación de la rápida espiral de violencia de los enfrentamientos. La dinámica de la acción policial va abandonando gradualmente la (ya muy disminuida) contención represiva y se va volviendo más dura, y de esta forma establece una dialéctica compleja que parece impulsar la agitación de los estudiantes.

En ese contexto los reclamos por la autonomía universitaria, que habían desaparecido desde 1958, reaparecieron inesperadamente cuando el Ejecutivo decidió ingresar a algunos locales universitarios en busca de un dirigente político secuestrado por los tupamaros.³ Se trataba de una de las primeras acciones de la guerrilla y la policía no tenía muchas pistas de dónde buscar al secuestrado por lo que decidió el allanamiento como un golpe de efecto para que no pareciera que la sorpresa la había paralizado. El episodio conmovió a todos los universitarios y no solo a los estudiantes sino también a los docentes y a los egresados, ya que el allanamiento de locales universitarios sin orden judicial violaba un estatuto garantizado por la Constitución. Más chocante aún resultó que luego de este desborde, varios docentes de la Facultad de Derecho como Héctor Giorgi o Jorge Peirano Facio⁴ continuaran formando parte del Gobierno, y que el ministro

3 La policía ingresó ilegalmente al edificio central (sede de las Facultades de Derecho y de Ciencias Económicas), a las facultades de Arquitectura, de Agronomía y Medicina, y a la Escuela de Bellas Artes.

4 Giorgi era secretario de la Presidencia, y Peirano era ministro de Industria y Comercio. En la sesión del Consejo universitario realizada la mañana siguiente de los acontecimientos, el Esc. S. Cestau, decano de Derecho, comentó que en la madrugada había hablado con el Dr. Peirano al que puso al tanto del episodio y que “se manifestó sumamente sorprendido”. “Tuve la sensación de que el Dr. Peirano iba a presentar renuncia a su cargo”, comentó Cestau. Esa renuncia no se produjo. “Sesión del Consejo

que controlaba la policía y que dio (supuestamente) la autorización para el ataque, el Dr. Eduardo Jiménez de Aréchaga, fuera un universitario destacado que había sido uno de los redactores de la Ley Orgánica de 1958. Esta combinación de factores exasperó a los estudiantes, que se lanzaron a una ola de “movilizaciones relámpago” en varios puntos de la ciudad próximos a los locales de las Facultades.⁵

Este espiral de enfrentamiento va a desembocar en el asesinato del primer estudiante, un joven comunista de nombre emblemático: Líber Arce. Este asesinato ocurre en una de las acciones callejeras cuando, como resultado de un incidente, un policía disparó su arma contra los estudiantes que se dispersaban en la huida, hiriendo gravemente a uno de ellos que moriría dos días después. La muerte de Líber Arce impactó muy negativamente en la imagen del Gobierno que, atento a lo sensible de la situación, luego del sepelio de Líber Arce, utilizó una movida inteligente que neutralizó en parte el impacto negativo del asesinato.

Las semanas siguientes a la muerte de Líber Arce marcaron un paréntesis de relativa tranquilidad: el Gobierno cerró los centros de enseñanza por una semana mientras recomponía sus apoyos políticos y sociales, que se habían visto bastante afectados luego del allanamiento a la Universidad, el asesinato del estudiante y la implantación de la censura de prensa. Pero cuando los estudiantes se reencontraron nuevamente en las aulas reaparecieron en las calles, reactivando una represión policial incrementada en su violencia. La escalada de enfrentamientos se cortó bruscamente cuando se produjeron dos nuevas muertes de estudiantes, Hugo de los Santos y Susana Pintos. Esta vez las víctimas no lo fueron como resultado de una situación casual, sino de un ataque en toda regla: el informe médico incluye 25 heridos leves y 9 heridos graves.⁶ La férrea censura de prensa implantada por el Gobierno⁷ impidió que los detalles de esta información fueran conocidos por buena parte de la población pero no

Directivo Central en respuesta al asalto policial a los locales universitarios, agosto de 1968” (Markarian *et al.*, 1990, pág. 123).

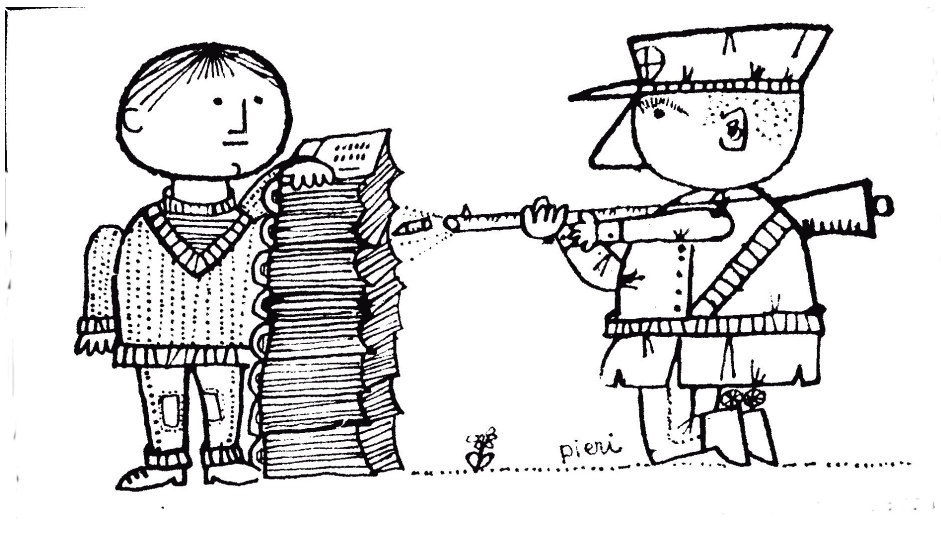
5 La sesión de referencia debió suspenderse por 45 minutos, debido a “las bombas de gases que la Guardia Metropolitana arrojó dentro de este edificio” (Markarian *et al.*, 1990, pág. 123).

6 Ver detalles en: “Declaración del Sindicato Médico del Uruguay sobre la represión policial en la explanada de la Universidad, setiembre de 1968” (Markarian *et al.*, 1990, 146-151).

7 La Jefatura de Policía de Montevideo comunicó a cada órgano de prensa que “el contralor de ese periódico se ejercerá en lo sucesivo y hasta nueva orden, con anterioridad de la salida de la edición a la calle” (Demasi *et al.*, 71). Reforzaba así la medida que había adoptado en agosto, que establecía la censura previa a los comunicados enviados por la Universidad o por las facultades (pág. 66).



Marcha, 26 de julio de 1968. Mingo (Domingo Ferreira)



Marcha, 4 de octubre de 1968. Pieri. (Pedro Seoane)

le ahorraron al ministro los disgustos de una interpelación parlamentaria (que quedó finalmente trunca porque el interpelado abandonó el país invocando compromisos urgentes en La Haya; semanas después envió su renuncia desde el exterior).

Llegado a este punto y cuando la situación pareció volverse incontrolable, el Gobierno recurrió al Ejército para que custodiara los locales de enseñanza, nuevamente clausurados ahora por casi un mes. Como ya venía ocurriendo en momentos de tensión social, al Ejército se le adjudicaron tareas particularmente delicadas: ya estaba encargado de retener y custodiar a varios centenares de militantes sindicales en todo el país, y más tarde debió hacerse cargo de vigilar los centros de enseñanza clausurados. Esta decisión colocó a las FF. AA. como un cuerpo intermedio entre la sociedad movilizadora y el Gobierno, y le dio una visibilidad que hasta entonces no había tenido.

El cierre temporal de los locales de enseñanza media y superior dictado a fines de setiembre enfrió las movilizaciones, y cuando se produjo la reapertura a mediados de octubre, los estudiantes fueron atrapados por la dinámica del final de cursos. El funcionamiento novedoso e inorgánico de la movilización en torno a asambleas de clase y comités de movilización, que en su momento representó un aporte de frescura y espontaneidad, ahora implicaba un costo en términos de continuidad en el tiempo: el activismo no puede extenderse más allá del tiempo de clase, cuando los estudiantes pueden encontrarse; más aún cuando desde octubre la dinámica de la vida estudiantil ya comienza a predominar sobre la lógica de la movilización. No hubo casi movilizaciones en el resto de ese año y cuando se reanudaron las clases al año siguiente ya la realidad era diferente: el impulso parecía haberse dispersado y los reclamos estudiantiles se canalizaron hacia otras demandas. En este sentido, la tormenta parecía superada; sin embargo, los efectos de la movilización del 68 tuvieron una influencia perdurable en el movimiento estudiantil y también en la sociedad.

Efectos de mediano y largo plazo

Aunque una vez aplacada la agitación sobre finales del año todo pareció volver a la normalidad, la sociedad había quedado marcada por algunos cambios que eran profundos. Tal vez el más relevante fuera la continuada vigencia de las medidas de seguridad, un “estado de excepción” que se transformó en permanente; para muchos era la evidencia de que el Uruguay había profundizado su proceso de “latinoamericanización”. Si bien esto era algo que muchos proclamaban desde tiempo atrás,

pareció darles definitivamente la razón la desaparición de las marcas más distintivas de la peculiaridad uruguaya, como eran la continua vigencia de las garantías constitucionales y la existencia de una vigorosa movilización estudiantil sin víctimas fatales. También la actitud del Gobierno de recurrir al Ejército para sofocar las revueltas populares era otro síntoma de esa latinoamericanización ya evidente: por lo menos en dos oportunidades, en junio y en setiembre, fue encargado de aplicar la política represiva en sustitución de la Policía. Pero el Ejército parece haber superado con éxito la prueba; la imagen social que lo consideraba como un cuerpo políticamente neutral y apegado a la Constitución no solamente no cambió, sino que, por el contrario, en algunos sectores sociales su prestigio se vio incrementado en la misma medida que se deterioraba la imagen de la Policía. Esta imagen positiva del Ejército se mantendría todavía por unos cuantos años y asoma como una de las razones que explican la expectativa favorable que despertó el acceso de los militares al poder en sectores de la izquierda.

Los episodios protagonizados por los estudiantes montevideanos en 1968 tienen marcadas diferencias con los ocurridos en otros países y particularmente en Europa; en el caso uruguayo no hubo conflictos internos en la Universidad, sino que se trató de enfrentamientos con el Gobierno. Como señaló el rector de la Universidad, el Ing. Oscar Maggiolo, en una entrevista para un medio extranjero:

En el Uruguay no ha existido una crisis universitaria en el sentido “clásico” de la palabra. No hemos tenido un enfrentamiento de estudiantes con las autoridades universitarias, como consecuencia de reivindicaciones estudiantiles, reclamando cambios en la estructura universitaria, en sus formas de gobierno, sobre el concepto clásico de la institución, profesor universitario, etc. (Markarian *et al.*, 1990, pág. 83).

En este caso se trató de un movimiento que englobaba a todo el “demos” universitario y no solamente a los estudiantes, dado que todos los órdenes que gobernaban la Universidad se pronunciaron por igual en contra del Gobierno. La movilización estudiantil, aunque por sí misma tuviera un acotado horizonte temporal, logró alinear a la Universidad de manera permanente tanto en sus definiciones contra el Gobierno como contra los docentes que lo integraban (que fueron expulsados de sus cargos universitarios). Simultáneamente, los estudiantes se habían convertido en un eje relevante en la vida social y ahora su actividad era tomada en cuenta en todos los análisis y los diseños estratégicos, algo que no sucedía en la época inmediata anterior. Los episodios del año 68 los habían transformado

en una fuerza a considerar; el movimiento estudiantil aparecía con mucha vocación de protagonismo y su activismo contribuyó a dar impulso a otros grupos, nuevos o renovados. También resultó evidente que este aspecto del comportamiento juvenil no era monopolio de la izquierda: progresivamente comenzaron a aparecer grupos de estudiantes ubicados políticamente a la derecha como la Juventud Uruguaya de Pie, promovida por estudiantes del interior del país. La movilización estudiantil dejaba de ser una actividad exclusivamente montevideana y de izquierda.

Dentro de las agrupaciones estudiantiles hubo modificaciones que alteraron el equilibrio de fuerzas en la FEUU. Si bien las características de las movilizaciones del 68 parecen muy marcadas por la impronta de la izquierda no comunista (que en ese momento era mayoría en la dirección), los sucesos parecieron fortalecer a las agrupaciones vinculadas a la Unión de Juventudes Comunistas (UJC), algo que resulta llamativo visto el cuestionamiento de parte de los sectores más radicalizados (recordemos que el gesto de rechazo explícito a las decisiones de una estructura controlada por el comunismo fue lo que dio inicio a la etapa más fuerte del movimiento). Por su parte, los jóvenes comunistas podían señalar que los tres estudiantes muertos pertenecían a su sector, y en el diálogo con otras agrupaciones mantenían una estrategia cautelada en sus críticas hacia las agrupaciones más radicales: si bien podían llegar a tratarlos de “aventureros” o “pequeño burgueses radicalizados”, en las apariciones públicas siempre los trataban como militantes sinceros y no les arrojaban la misma censura que a los sectores de derecha. Por otra parte, la estrategia del Partido Comunista en los movimientos sociales aconsejaba defender las posturas del Partido en las asambleas, pero acatar las decisiones de la mayoría, aunque no las compartieran. Es así que, aunque los jóvenes comunistas no apoyaran la estrategia de enfrentamientos violentos con la Policía, tenían sólidos argumentos para demostrar que siempre estaban “en la primera línea”. A la larga, vino a encontrar su validación una línea asumida en 1956 cuando se creó la UJC, que Leibner resume así: “Sirviendo al movimiento estudiantil en la práctica cotidiana junto al resto de los activistas estudiantiles, se servía finalmente también al crecimiento de la UJC” (2011, pág. 305). Una muestra de este fortalecimiento parece vislumbrarse en oportunidad de la invasión a Checoslovaquia por las fuerzas del Pacto de Varsovia, en agosto: por un lado –y un tanto sorpresivamente– Fidel Castro apoyó la intervención; y aunque la FEUU ratificó su posición tercerista condenando el episodio, su posición recién se hizo pública en setiembre. Pero en el mismo texto se da cuenta de “la amplia y fecunda discusión que tuvo el problema checoslovaco

en las nutridas asambleas de todos los centros estudiantiles, aun a costa de producir demoras en el pronunciamiento” (Markarian *et al.*, 1990, pág. 145).

Los comunistas también se mostraban abiertos a manifestaciones culturales juveniles que eran vistas por otros grupos como “desviaciones burguesas” o acciones del imperialismo, como los festivales de *rock* o las *performances (happenings)*. Esta combinación de firmeza ideológica, vocación militante y flexibilidad, que implicaba aceptar el *rock*, pero sin abjurar del Che, podía parecer ambigua o incluso contradictoria, pero resultaba atractiva para muchos jóvenes que iniciaban su actividad en la militancia de los gremios estudiantiles. Esta ambigüedad, aparentemente resultó inaceptable para algunos jóvenes como Íbero Gutiérrez, que continuó experimentando con las novedades de la cultura juvenil manteniéndose al margen de la dogmática del Partido Comunista, pero en cambio no fue vista como incompatible por algunos de los más destacados artistas juveniles, como Horacio Buscaglia o Clemente Padín, que se incorporaron a la UJC en los meses siguientes (Markarian, 2012, pág. 126). Sin embargo, esta flexibilidad tenía límites muy precisos, como se vio con claridad cuando llegaron las elecciones nacionales de 1971: allí la consigna fue promover la votación del Frente Amplio (FA) y en particular del Partido Comunista, y en esa coyuntura la sensibilidad artística del Partido Comunista se sintió más cómoda cerca del realismo socialista que de las disrupciones de la cultura juvenil. Para ese momento, Buscaglia abandonó los “piques, divagues y mojos” de las “Musicaciones” y compuso letras de mensaje más directo como *Aprontá tu corazón* para apoyar la campaña del FA.

En esta compleja coyuntura también encontró su oportunidad el movimiento guerrillero Tupamaros, una organización que tenía un contingente muy reducido a comienzos del año pero que se transformó en una presencia relevante sobre todo a partir de agosto. Según afirmara muchas veces uno de sus líderes, en 1968 el Gobierno fue el principal apoyo de los tupamaros porque después de cada acción policial los jóvenes heridos por las balas de goma venían “de a montones” buscando en la guerrilla la forma de responder a los ataques. También es cierta la afirmación inversa, como ha señalado Gerardo Caetano: después de cada manifestación estudiantil acompañada de quema de automóviles, pedreas a comercios y enfrentamientos con la Policía, también el Gobierno veía incrementar su apoyo en una atemorizada población que no estaba acostumbrada a la violencia callejera ni a la “acción directa” de la guerrilla. Y,

sin duda, la cantidad de los “neopachequistas” superó claramente a la de los “filofoquistas”. De todas formas, el vínculo entre militantes estudiantiles y la guerrilla que se estableció en ese año crucial tuvo larga perduración: muchos de los tupamaros presos en los años siguientes provenían del movimiento estudiantil. La importancia del aporte estudiantil aparece señalada en un documento de 1971 en el que se los declaraba la base principal de la lucha guerrillera: “hoy por hoy, es el sector social que más sólidamente nos apoya” (Harari, 1986, pág. 368).⁸

Todos estos aspectos, ya visibles para los contemporáneos, dejaban de manifiesto que los episodios ocurridos en ese breve lapso transcurrido de mayo a setiembre habían marcado un corte –que ya sería definitivo– entre aquel Uruguay que vivía “de espaldas a Latinoamérica” y este que ahora aparecía definitivamente dominado por la violencia política.

Bibliografía

- AGEE, Philip (1975). *Inside the Company: CIA Diary*. England: Penguin Books.
- APARICIO, Fernando; GARCÍA, Roberto; TERRA, Mercedes. (2013). *Espionaje y política. Guerra fría, inteligencia policial y anticomunismo en el sur de América Latina 1947-1961*. Montevideo: Ediciones B.
- BROQUETAS, Magdalena (2014). *La trama autoritaria. Derechas y violencia en Uruguay (1958-1966)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- DEMASI, Carlos; RICO, Álvaro; LANDINELLI, Jorge; LÓPEZ, María Sara (1995). *La caída de la democracia. Cronología comparada de la historia reciente del Uruguay (21967-1973)*. Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria.
- HARARI, José (1986). *Contribución a la historia del ideario del M.L.N. Tupamaros*. Montevideo: Editorial MZ.
- LEIBNER, Gerardo (2011). *Camaradas y compañeros. Una historia política y social de los comunistas en el Uruguay*. Montevideo, Trilce.
- MARKARIAN, Vania (2012). *El 68 uruguayo. El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*. Universidad Nacional de Quilmes: Bernal.
- MARKARIAN, Vania; JUNG, María Eugenia; WSCHEBOR, Isabel (2008). *1968. La insurgencia estudiantil*. Montevideo: Archivo General - Universidad de la República.
- VAN AKEN, Mark (1990). *Los Militantes: Una historia del Movimiento Estudiantil Universitario Uruguayo*. Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria.

⁸ “Proyecto de Documento 5”. En un documento posterior en cambio, responsabilizaron a los estudiantes de “la desviación pequeño burguesa” que los llevó a la derrota (“Conclusiones de la autocrítica sobre estrategia (19-8-1973)”, p. 431.